

---

# La hora de las fundaciones (Liminar)

Fernando R. Lafuente

El cuarto de siglo que ahora cumple la Fundación José Ortega y Gasset (1979-2004) ha sido, también, un período decisivo en la proyección y consolidación de las fundaciones en la España democrática. Por diversos y enjundiosos motivos. Como filólogo disfruto con las cifras, ya recordará el lector esa sabia leyenda italiana: «las matemáticas no son opinión». Pues bien, el hecho de que hoy, más o menos, se sumen cerca de 6.000 fundaciones en España –cuya mayor actividad es la cultura, la educación y la investigación–, número, por cierto, similar al de Alemania y, ay, muy alejado del Reino Unido, aunque razonadamente superior al de Francia, que en el conjunto de los presupuestos anuales se alcance la cifra de 733 millones de euros, y que el impulso se haya dado en la segunda mitad de la pasada década, significa que todo el entramado fundacional en España ha alcanzado no ya su madurez sino que ha adquirido su plena integración en una sociedad dinámica, creativa y crítica.

Es decir, se ha cumplido con las cifras, se han levantado las arquitecturas conceptuales necesarias, se ha salido a la calle a auscultar el estado de la sociedad española, e iberoamericana, y se ha desarrollado una ingente y valiosa cartografía de actividades, programas e iniciativas. Queda, por tanto, ocupar ese territorio, el que delimita, proponer, influir, advertir, recomendar, promocionar, investigar y debatir, y ocuparlo con una mayor atención a los ciudadanos que a los poderes públicos.

Una labor que integre y desvele. Con políticas definidas, que no tienen necesariamente que seguir –tampoco evitar– las indicaciones temporales del poder político del momento, sino que deben atender «lupa en mano» (Ortega) al pulso, a la razón y al sentido de las complejas sociedades contemporáneas. Abiertas a las sensibilidades de los tiempos, atentas a las diversas tendencias intelectuales que surgen y se identifican, sin mayor compromiso ideológico que el rigor y el respeto a la libertad del individuo.

Las fundaciones deben dar el paso de independencia respecto del poder público –programas, exposiciones, ayudas, sistemas de becas, investigación– que hicieron, en su momento, las empresas. Si se ha internacionalizado la economía parece llegado el momento de internacionalizar la cultura. Instituciones públicas y fundaciones: dos vías paralelas, complementarias, pero muy nítidamente delimitadas.

La irrupción, por fin, de la sociedad –evitemos el pleonasma de «civil», casi por algo más que redundante– en la esfera cultural y académica, la fijación de un territorio propio de actuación, el equilibrio, frente a la omnipresencia del Estado, la delimitación de una acción mutua, la agilidad de una gestión que con pocos elementos multiplica los resultados, la capacidad de reacción frente a los nuevos escenarios: inmigración, mestizajes culturales, bilingüismos, globalización, porque el mejor mundo posible, hoy, y lo será más mañana, es un mundo mestizo, la internacionalización de los asun-

tos, el diálogo abierto y plural entre diversos ámbitos intelectuales, la insoslayable independencia del poder político, la atención a los nuevos soportes de comunicación, el resurgimiento de la Sociedad del Conocimiento, que romperá las fronteras y los tiempos, ese «humanismo tecnológico» que ya advirtiera Ortega a mediados de los años treinta del pasado siglo, el carácter libre y crítico de políticas culturales que aúnen la tradición con la modernidad, la búsqueda de recursos propios, más allá de la, por muy venturada que sea, subvención pública, en fin, la creación de sociedades críticas e innovadoras tienen, ahora, por ese centón de motivos, en las fundaciones el espacio natural de su cometido. Ha llegado la hora de las fundaciones.

Análisis, diálogo y voluntad de entendimiento son los basamentos de los más sólidos proyectos y realidades de las fundaciones. Claro que al tratarse de fundaciones españolas –algunas de ellas, de las más relevantes en cuanto a presupuesto, con presencia en Iberoamérica– el capítulo de la lengua adquiere una extraordinaria proyección en los primeros años de este siglo XXI. En esto, de manera muy particular, no se ha de dar un paso sin Iberoamérica.

Las fundaciones, en esta hora, pueden cumplir un papel determinante en la vastísima geografía que hemos dado en llamar «cultura en español». Apenas están advertidas, desarrolladas, las múltiples y amplias topografías que se abren para una presencia hoy ya irreversible: la de la lengua española como la segunda lengua internacional. ¿Se imagina el lector si esto le ocurriera a Alemania o a nuestra siempre querida vecina Francia?

Ese enorme escritor argentino que fue Jorge Luis Borges escribió alguna vez que «todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten». Así es, pero lo que pocos pensaron fue que en la madrugada de un nuevo e imponente siglo el número de esos interlocutores iba a superar los cuatrocientos millones de personas, con es-

pecial énfasis en Estados Unidos, con todo lo que ello significa, o que una gran nación como Brasil incorporaría la lengua española a los planes de estudio como enseñanza obligatoria. A partir de esto, el verbo «compartir» ya no se referirá sólo al pasado sino al presente y al futuro. He ahí el reto más imponente en esta hora de las fundaciones, en esta realidad cada vez más alejada, ojalá, de las fronteras.

F. R. L

---

# Presentación

Daniel Martín Mayorga

Las fundaciones son una pieza clave del entramado social en este principio de siglo. Por muchas razones que a lo largo de las siguientes páginas se harán patentes, las fundaciones han alcanzado un nivel de consideración quizá mayor que nunca; lo que es mucho decir. Nos encontramos ante un admirable ejemplo de adaptabilidad, tanto más meritorio cuanto más complejo se va volviendo nuestro entorno.

Esto no es nuevo. Las fundaciones siempre han sido la avanzada de la sociedad cuando se trata de abordar los problemas que ésta continuamente genera en su camino evolutivo. La historia nos muestra abundantes ejemplos: fueron pioneras en ofrecer servicios públicos que hoy tenemos por rutinarios; aportaron soluciones a temas educacionales que ya son parte de nuestro acervo social; abrieron, en resumen, novedosas vías para resolver las necesidades emergentes de los ciudadanos y las instituciones.

Y ahora enfocan con seguridad los retos de este mundo interre-

lacionado. Los desafíos del tiempo presente tienen dos argumentos: la cooperación y la eficacia en la gestión. Cooperación, porque la multifacética realidad impone la concurrencia de las instituciones (públicas y privadas) como necesaria garantía para abordar problemas complejos. De este modo, el tradicional –e inofensivo– aislamiento de las fundaciones está virando a un modelo de amplia colaboración. Se crean redes, aparecen los agentes de cooperación, son potenciadas las federaciones y agrupaciones sectoriales o regionales.

En cuanto a la eficacia gerencial, qué decir sino que es una bien recibida exigencia. La sociedad actual demanda administraciones capaces y transparentes en todos los ámbitos, y no sólo en lo público. En el caso que nos ocupa, este requerimiento se está sustanciando en el desarrollo de una nueva y completa teoría de la gestión de las entidades sin fines de lucro; lo que sin duda constituye una sólida herramienta para asegurar la mejor gestión de los recursos.

En este número el lector encontrará cinco aproximaciones –desde perspectivas tan distintas y complementarias como la estratégica y generalista, o la del quehacer diario y especializado– por parte de destacados expertos: Antonio Sáenz de Miera, Presidente de Honor del Centro de Fundaciones; Javier Gomá y José María Lassalle, responsables respectivamente de las fundaciones March y Carolina; y Teresa Sanjurjo y José Manuel Morán, directivos de la Asociación Española y la Confederación Iberoamericana de Fundaciones.

Son, en todo caso, reflexiones que no agotan el tema. Antes bien, contribuyen a ampliar su horizonte de interés. Es la hora de las fundaciones. Y parece que vamos a oír hablar mucho, cada vez más, de su interesante, imaginativo e insustituible papel como instrumentos de la sociedad civil para abordar problemas inéditos y complejos.

D. M. M.